

Notas para un estudio crítico de la historiografía argentina del siglo XIX *(Primera parte: 1810-1852)*

Armando PÉREZ PINO
Universidad de La Habana

1. *Presupuestos generales*

Desde la emancipación de España, en las primeras décadas del siglo XIX, la historia ha sido un tema de mucho interés en la Argentina, como en casi todos los países iberoamericanos. Sin embargo, tanto en la Argentina, como en muchos países de América Latina, se nota la ausencia de una obra crítica de la producción historiográfica. Existen catalogaciones, bibliografías; pero un análisis riguroso que permita establecer las líneas por las cuales se ha movido y se mueve la producción historiográfica, que refleja, dónde apuntó y apunta, es prácticamente inexistente. Tampoco existe una obra copiosa en torno a la discusión metodológica. Hace sólo unos pocos años ha comenzado a surgir una preocupación en este sentido, que se manifiesta —entre otras pocas—, en un interesante ensayo de Alberto J. Plá, «Ideología y método en la historiografía argentina»; pero, en general, la historia de la historiografía de un país tan importante en este orden, carece de este indispensable instrumental de trabajo. Este, además, es un fenómeno que se puede observar también —salvo excepciones en el resto de los países latinoamericanos.

La causa de este defecto quizás pueda encontrarse en el hecho de que la historiografía latinoamericana, en su casi totalidad, ha estado al servicio de la política del momento, su atención ha sido dirigida a problemas más urgentes y no a la serena reflexión que supone el análisis y sistematización de toda su producción anterior.

En la Argentina, el primero que intentó un estudio para sistematizar la producción historiográfica fue el eminente profesor e historiador bonaerense Rómulo Carbia¹. El argumenta que, en general, en la historio-

¹ Rómulo CARBIA: *Historiografía argentina desde sus orígenes en el siglo XVI*. Buenos Aires, Imprenta Coni, 1940.

grafía argentina del siglo XIX, se pueden distinguir tres etapas fundamentales: a) De los repetidores y de los glosadores de los cronistas; b) De los comentaristas y filósofos de la Historia y c) De los eruditos y críticos. Esta es una clasificación que podría llamarse inobjetable, pero desde un sólo punto de vista, o sea, el punto de vista formal. En realidad, una clasificación más aceptable sería —incluyendo otros factores— la que distinguiera entre la historiografía, pudiéramos decir tradicional o vinculada a banderías políticas solamente; y los intentos de organizar nuevas formas de investigación histórica para tratar de hacer una historia, a la vez que política, económica, social y cultural.

Así planteadas las cosas, se puede afirmar que la historiografía argentina del siglo XIX se enmarca dentro de los cánones de la historia política tradicional. Los esquemas con los que opera esa historiografía están vinculados con la historiografía política del romanticismo, con la erudita —también llamada en esa época «científica»—, y con el positivismo.

Al intentar analizar esta historiografía nos encontramos que hay gran producción, marcada por aquellas influencias, a pesar de la aparición de tendencias interpretativas discrepantes en el seno de ella, como es el caso de la corriente revisionista.

Se puede considerar a los llamados «revisionistas» también dentro de la historiografía política tradicional, con simples diferencias interpretativas, pues se trata en este caso solamente de hacer ver, en torno a situaciones y personajes, una versión opuesta a la descrita por los historiadores del bando contrario, es decir, los liberales.

Por eso, la clasificación, que a grandes rasgos denominamos tradicional, abarcaría tanto la producción histórica liberal, como la anti-liberal, signadas por los mismos esquemas. Y que en el caso de la última, no hace otra cosa que repetir los mismos temas, sacar a la luz a otros personajes, aunque desde puntos de vista políticos opuestos, pero siempre usando la misma metodología y dependiendo de las mismas influencias.

Cuando hablamos de la corriente liberal nos referimos a sus máximos exponentes en el siglo XIX: Vicente Fidel López² y sus seguidores, por una

² Vicente LOPEZ FIDEL. Nació en Buenos Aires, el 24 de abril de 1815. Era hijo de Vicente López y Planos, quien se distinguiera entre los miembros del movimiento juntista bonaerense. López se graduó de abogado en Buenos Aires. En 1839 emigró a Montevideo ante discrepancias con Rosas. Allí continuó su oposición al dictador, regresando a Buenos Aires después de la caída de éste. López se desempeñó en diversos cargos profesionales; fue, además de político, periodista, catedrático, novelista e historiador. También fue rector de la Universidad de Buenos Aires, profesor de Economía Política y ministro de Instrucción Pública de la gobernación de Buenos Aires, antes de la unificación nacional. Sus obras históricas más importantes: *Historia de la República Argentina*, *Razas del Perú* y *La gran semana de 1810*. Murió en Buenos Aires en 1903.

parte, y por la otra Bartolomé Mitre ³ y sus seguidores, quienes se agruparon en la Academia de la Historia y elaboraron la llamada «Historia oficial».

Cuando hablamos de la corriente anti-liberal, nos referimos fundamentalmente a la aparición, relativamente temprana, de interpretaciones discrepantes a partir de Adolfo Saldías ⁴ y de Ernesto Quesada ⁵, precursores de la llamada revisión histórica argentina. Precursores, porque el revisionismo es básicamente una corriente que no se plasma sino en el siglo XX.

Hay, evidentemente, una intencionalidad política casi absoluta en ambas corrientes: Tanto en la liberal, como en la nacionalista (o revisionista), pero ambas no se caracterizan por sus planteamientos radicales precisamente. No pueden centrar la defensa de sus respectivos héroes (Rivadavia en el primer caso, Rosas en el segundo) en aquellos que objetivamente respondían a tendencias más extremas dentro de sus respectivos campos (Mariano Moreno o José Gervasio Artigas). Lo único que básicamente discutían estas dos corrientes, era si la historia debía hacerse con documentos, si tenía que ser erudita, o retórica y filosófica, como sostuvo Vicente Fidel López.

Debemos adelantar que la corriente revisionista, devenida en la llamada «Escuela Psicológica» en los años treinta del siglo actual, acabó por identificarse plenamente con las dictaduras militares, representantes del

³ Bartolomé MITRE. Nació en Buenos Aires el 26 de junio de 1821 y murió en la misma ciudad en 1906. Fue historiador, militar, periodista, poeta y político. Ocupando la presidencia de Argentina. Mitre perteneció al grupo de intelectuales más conservadores que desde el exilio se opusieron al dictador Juan Manuel Ortiz de Rosas. Es genuino representante de los intereses oligárquicos porteños, a los que defendió con las armas y de muchas otras formas, hasta lograr la unidad nacional a través de los sectores ganaderos y comerciales de Buenos Aires, el litoral, etc. Los estudios históricos deben a Mitre una fuente documental de primer orden. Entre sus obras principales se cuentan *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, *Estudios históricos de la revolución argentina*, *Cartas polémicas sobre la Triple Alianza*, *Comprobaciones históricas* y *Nuevas comprobaciones históricas*.

⁴ Adolfo SALDIAS. Nació el 6 de septiembre de 1850, en Buenos Aires. Se graduó de abogado en 1874. Fue, además de historiador, periodista, escritor y diputado por el Partido Autonomista. Defendió los intereses de la oligarquía vacuna porteña. Como exiliado, vivió en Francia y en Uruguay. Dos son sus obras más importantes a los fines historiográficos: *Historia de la Confederación Argentina* y *Ensayos sobre la historia de la Constitución Argentina*. De estas obras la que tiene un valor más perdurable es la primera, publicada en 1870 en tres tomos. Saldías murió en Buenos Aires en 1914.

⁵ Ernesto QUESADA. Historiador. Nació en Buenos Aires en 1858 y falleció en 1934. Publicó numerosos trabajos sobre historia, folklore y derecho. Su obra más influyente es *La época de Rosas*, publicada en 1898.

nacionalismo conservador. Sin embargo, fue fructífera, porque permitió abrir brechas y romper toda una serie de tabúes sacralizados y dogmatizados por la «historia oficial» del liberalismo decimonónico.

Con una serie de pasos vacilantes después de la independencia —que es lo que caracteriza el período comprendido entre mayo de 1810 y la batalla de Caseros en 1852—, comienza a adquirir identidad propia la historiografía argentina que se adentra en la segunda mitad del siglo. Esta es época de grandes conflictos sociales y económicos. La Argentina está en plena organización nacional. Perduran la luchas entre el interior y Buenos Aires. Este será un tema polémico durante mucho tiempo en la historiografía y aún no resuelto del todo. Se observa también que hay una vinculación estrecha entre la política del momento y el interés por los problemas históricos. La historia es un arma política y esto se ve con claridad meridiana en la obra de Mitre. La historia es un instrumento para interpretar el pasado, pero que sirve para construir el futuro de acuerdo a las necesidades de la clase dirigente. Por lo general, los historiadores surgen en el ámbito de Buenos Aires y responden mayoritariamente a los intereses que dirigen el proceso de «Construcción nacional»; Mitre es el arquetipo. El problema de la construcción nacional está en la base del pensamiento de Mitre. No es un problema metafísico sino real. El político-historiador ha sido el hombre que ha dirigido la reunificación bajo la hegemonía de Buenos Aires, es decir, de la constitución de la Argentina.

Sin embargo, para llegar a este punto hubo de cubrirse un largo trecho que arranca desde el mismo año de la independencia. Después de mayo de 1810 comienza un proceso de ideologización que se interrumpe hacia 1826 con la alternativa de sí o no al liberalismo. En este momento se está tratando de estructurar el país. Hay un impacto muy notable, por ejemplo, en Rivadavia y sus proyecto unificador. Rivadavia pretendía vincular a la Argentina con el mundo capitalista antes del proceso de monopolización. Pero este intento fracasó porque los terratenientes de Buenos Aires no coincidieron con esas aspiraciones. Esto no quiere decir que el proyecto rivadaviano fuera un programa de desarrollo nacional que produjera automáticamente un despegue «rostoviano», nada de eso. Era un proyecto liberal influenciado por Bentham y el utilitarismo. Sin embargo, era en ciertos aspectos progresivo con respecto a la situación existente.

Por el momento siguió imperando el pensamiento tradicionalista y estático, que se manifiesta en la detención no sólo de los avances económicos y políticos, sino también de aquellos de carácter científico, literario, en la no elaboración teórica de ninguna naturaleza, etc. Es lo que se compagina con la época de Rosas y de los caudillos del interior.

2. El proceso historiográfico desde Mayo hasta Caseros

Antes del suceso independentista, es decir, fines del siglo XVIII y principios del XIX, se produjo en el Río de la Plata un afán datístico y de erudición primaria del cual es revelador una colección de documentos, apuntes y datos debidos al porteño Saturnino Segurola (1776-1854), que ha sido aprovechada por investigadores de diversas épocas. Esta colección se conserva en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y consta de 34 volúmenes.

Las invasiones inglesas (1806-1807) inspiraron a algunos poetas populares, que cantaron las hazañas de los defensores de la ciudad del virreinato. Entre ellos, el poeta Pantaleón Rivarola, autor de dos romances: uno —que llamó «Heroico»— dedicado a la liberación de Buenos Aires en 1806, y otro —que tituló «La Defensa»— cuyo tema fue el rechazo que los porteños hicieron al invasor. Estos dos romances carecen casi por completo de significación historiográfica, sin embargo transmiten la atmósfera porteña de principios del siglo XIX. Con los sucesos de la toma de Buenos Aires por los ingleses se puede decir que termina una época de cierta actividad en la historiografía, iniciada en las últimas décadas del siglo XVIII. Los avatares relacionados con el proceso independentista, fueron la causa inmediata del fenómeno.

Tiempo después, le correspondió al Deán Gregorio Funes ⁶, en los inicios de la vida independiente, continuar el proceso historiográfico. Lo hizo reeditando, sin variantes esenciales —salvo el extracto—, la crónica jesuítica. Ejemplo revelador es el «Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán», que publicara el Deán por los años 1816-1817, en tres volúmenes y que constituye una reiteración de los trabajos jesuíticos. En realidad, Funes sigue al cronista Lozano (1687-1752) ⁷, de quien toma la información sin realizar aquel discernimiento de que habla en el prólogo de su Ensayo. Sobre el relato de Lozano, que Funes sintetiza por lo general adiciona datos de Félix de Azara (1742-1821), teniente coronel de ingenieros, que fuera enviado al Río de

⁶ Gregorio FUNES. (1749-1829). Sacerdote jesuita, participó activamente en la escena política post-independentista, teniendo la avanzada edad de 71 años en los momentos de la revolución de mayo. Fue rector del Real Colegio Conciliador de Loreto, canónigo de su ciudad natal, Córdoba, gobernador y Vicario general del Obispado de dicha ciudad. En 1810 representó a Córdoba en la Junta Ampliada. Formó parte, además, del Congreso que, en 1819, sancionó la Constitución, de la que fue uno de los redactores. Autor de una *Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (1816).

⁷ Pedro LOZANO (1687-1752). Jesuita español que además de una importantísima labor en la función de las misiones en el Río de la Plata, se destacó por su copiosa obra histórica acerca de la región, entre la que se destaca su *Historia de la Conquista del Parguay, Río de la Plata y Tucumán*, caracterizada por una gran erudición.

la Plata para trabajar en la demarcación de los dominios hispano-portugueses en 1781, y que escribiera la documentada obra «Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata». Azara se ve aludido frecuentemente en la obra de Funes.

Después de lo anterior, no es necesario apuntar que el Ensayo del Deán carece de grandes aportes. Tal vez pueda exceptuarse la parte en que su crónica —usando materiales de Segurola y otros coleccionistas— completó lo que los jesuitas no historiaron, así como también el «Bosquejo» con que cierra la obra, que es en sí, la expresión personal de su modo de ver el primer momento de la revolución emancipadora. El «Bosquejo» que en principio llegaba hasta los sucesos de 1816, posteriormente Funes lo amplió con un agregado que alcanza hasta la batalla de Maipú. Otra cuestión que no escapa al análisis es la falta de equilibrio en el juicio y en los excesos que comete Funes en los ataques contra las autoridades coloniales, como si quisiera revivir la famosa obra de Las Casas «Brevisima relación de la destrucción de las Indias».

Al tiempo que Funes elaboraba su obra, el gobierno porteño a la sazón, concebía la empresa de una «historia filosófica de la revolución». Para realizarla, el Triunvirato que entonces llevaba las riendas del Estado, confió el encargo al religioso dominico fray Julián Perdriel, provincial de su orden y afecto a la causa patriótica (año de 1812). Dos años más tarde, en 1814, el dominico recibió orden de suspender el trabajo por razones económicas, ya que los recursos para el mismo habían sido destinados a favorecer la obra del Deán Funes.

Fuera de las manifestaciones que quedan señaladas, en el período que se extiende desde principios del siglo XIX, hasta la estabilización del poder que —como quiera que se le juzgue— trajo el régimen de Rosas, no hubo, dentro del país, obras de real significación. La historiografía se redujo entonces a la edición de algunas memorias personales; a una que otra biografía y a cierto intento de crónica regional, además de algunas manifestaciones de ciertos opositores a la revolución emancipadora y las consiguientes respuestas del punto de vista patriótico. Entre las memorias de esta época cabe destacar la de Mariano Moreno, escrita por su hermano Manuel⁸, y publicada en Londres en 1812. La de José M. Aguirre, titulada «Compendio de las campañas del ejército de los Andes», apare-

⁸ Manuel MORENO (1790-1857). Fue el primer biógrafo de Mariano Moreno, al que acompañó en el viaje a Londres como su secretario. Estudió, además de Derecho, Medicina son ejercerla. Se destacó en el política y en las letras. Como periodista defendió los principios democráticos del liberalismo y fue partidario de las ideas federalistas. Escribió *Vida y Memorias del Dr. Mariano Moreno, Secretario de la Junta de Buenos Aires y con una idea de su Revolución y la de México, Caracas, etc.*, publicada en Londres en 1812. En el año 1836 publicó la colección *Arangas en el Foro y escritos del Dr. Mariano Moreno*, que complementa la obra anterior.

cida en Buenos Aires en 1825, y la de José Arenales, cuyo título reza: «Memoria histórica sobre las operaciones de la división libertadora, etc.», que vio la luz en la misma ciudad en el año de 1832.

Importancia indudable para la labor historiográfica posterior, tuvo la aparición, en 1836, del tomo I de la «Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata», publicación que hizo en Buenos Aires el erudito napolitano Pedro de Angelis. La Colección, que llegó a alcanzar los seis volúmenes, editados entre 1836 y 1837, encerró en su conjunto piezas historiográficas de necesidad vital para el estudio serio y profundo del pasado rioplatense.

Pedro de Angelis, nacido en Nápoles en 1784 y muerto en Buenos Aires en 1859, estaba formado dentro de los moldes de la cultura europea. Llegó a Buenos Aires en la época de Rivadavia, siendo una más entre las importaciones de este último. Desde el punto de vista de la materia que concierne a su obra, de Angelis dio muestras de que no era ajeno, en modo alguno, al movimiento renovador de los estudios históricos que en toda Europa se había dejado sentir al promediar el primer tercio del siglo XIX, y que llegó a alcanzar señaladas realizaciones, especialmente en Alemania después de 1820, año en que, bajo la dirección de Jorge Enrique Pertz (1795-1876), comenzó a editarse la colección «*Monumenta Germaniae Histórica*». Aquella publicación obedecía a un nuevo concepto de la labor historiográfica, desde el punto de vista de la erudición, que ya no podía cimentarse sino sobre el conocimiento profundo de todas las fuentes, previamente depuradas, es decir, criticadas, fundamentalmente desde el punto de vista filológico. De lo que con ello era dado lograr, fue notable testimonio, por sobre otros muchos, la producción del historiador Leopoldo von Ranke (1795-1836), quien, precisamente por esa época (1824), publicaba su «*Historia de los pueblos germánicos y neolatinos*».

Después de todo, las técnicas mucho después en boga, difundidas por el profesor alemán Ernesto Bernheim con las denominaciones de «*heurística*» y «*hermenéutica*», no eran otra cosa que preceptos, con ordenación de cánones, de los que Ranke realizara por propia iniciativa, reuniendo en un solo método la crítica filológica iniciada por Nieguhr y la llamada «*Ideología Histórica*» planteada por Guillermo de Humboldt (1767-1835).

Claro resulta, pues, que la empresa editorial acometida por de Angelis en Buenos Aires, tuvo una importante significación. Era una especie de plausible tentativa de ponerse a tono con Europa en materia historiográfica. De Angelis, que según hemos apuntado, llegó a editar seis volúmenes, insertó allí las orónicas de Ulrico Schmidl, Ruy Díaz de Guzmán, Barco Centenera y una parte de la del jesuita José Guevara, además, a modo de complemento de ellas, agregó una cronología, con bastantes datos, relativa a los gobernantes y virreyes de Buenos Aires y a los episodios del pronunciamiento de mayo. El complemento, que da a veces la im-

presión de cosa que va de relleno, es material de distinta jerarquía y de dispar valor. Algunos críticos están de acuerdo en afirmar que, a pesar de lo plausible de la iniciativa de De Angelis, al realizarla, se apartó en gran medida de las normas proclamadas por los editores europeos de materiales eruditos.

En efecto, De Angelis «arregló» las crónicas, al parecer para mejorarles el estilo y aligerarles la pesadez original, llegando al extremo, en el caso de la compuesta por Guevara, de no dejar intacto ni un solo párrafo en toda ella. Claro está que dicho método es cosa censurable, pero no tan grave, a nuestro juicio, como para repudiar por completo la empresa editorial de 1836. Si este trabajo no tuvo continuidad ni éxito inmediato, desde el punto de vista de la producción historiográfica que había de incentivar, la razón habría que buscarla, no en los efectos de la Colección, sino en la situación política por la que entonces atravesaba el país. A la sazón, estaba en su plenitud la dictadura de Rosas y no eran tiempos muy propicios para menesteres como los que debían seguir —por el camino de los archivos—, al primer paso dado con la edición de las crónicas realizadas por Pedro de Angelis.

Paralizada la vida intelectual en Buenos Aires, especialmente después de 1840, como consecuencia de las persecuciones políticas, los exiliados que se refugiaron en Montevideo iniciaron, cinco años después de aquella fecha, un movimiento que era, en realidad, la continuación del que comenzara De Angelis. Nos referimos al que se concretó en la edición de colecciones documentales, apuntamientos complementarios y diversas piezas ilustrativas para el trabajo de erudición.

El órgano de publicidad de los exiliados, que para estos menesteres dirigía Florencio Varela, fue el «*Comercio del Plata*», periódico que se editó en Montevideo desde el primero de octubre de 1845 hasta mediados de 1852. En sus más de 3.500 números, los llamados «proscritos» revelaron, en pequeñas notas, en publicaciones aisladas o en folletos encuadernables —que luego constituyeron la «Biblioteca» del periódico—, su afán por allegar materiales directamente destinados a quienes quisieran estudiar el pasado colonial, ajustándose a la influencia de la escuela erudita y crítica europea. Esa biblioteca contribuyó, sin duda, al despertar historiográfico que se produjo posteriormente a la caída de Rosas. En efecto, el mismo año en que, librada la batalla de Caseros, cayó vencida la dictadura y se abrieron las fronteras del país para los argentinos que habían emigrado, se produjo un rápido y vigoroso reflorecimiento de los trabajos historiográficos. Esto, que se dejó sentir ya en el año 1852, se acrecentó con rapidez en los años subsiguientes.

Al pasar revista a toda esa producción un poco aluvional de los primeros tiempos después del régimen de Rosas, es fácil percatarse de que fueron varios, los géneros de actividad que se perfilaron, y que aproximadamente serían los siguientes:

a) El de los investigadores de detalles o datistas. Principales o más importantes exponentes de este género fueron Manuel Ricardo Trelles (1821-1893), Vicente G. Quesada⁹ y, de menor importancia, Angel Justiniano Carranza (1834-1899).

b) El de los monografistas. Circunscritos a temas limitados en cuanto al tiempo y al espacio, como Andrés Lamas (1817-1891) y Juan M. Gutiérrez (1809-1878).

c) El de los autores o editores de «memorias» destinadas a justificar conductas en el pasado y, lógicamente, de naturaleza alegativa. En este grupo hay infinidad de memorialistas y editores de memorias, destacándose, por ejemplo, las memorias del general José María de Paz y la edición de las memorias de Belgrano.

d) El de los compiladores de colecciones bibliográficas y documentales, tales como la importantísima «Colección» de Carlos Calvo, iniciada en 1862.

e) El grupo de los que comenzaban a preocuparse por aplicar las técnicas que ya usaba la disciplina entre los europeos. En este caso se encuentran destacadamente Luis L. Domínguez (1819-1898), Clemente L. Fregueiro (1853-1923) y Antonio Zinny (1821-1890)¹⁰.

Todos estos pequeños grupos, a pesar de ciertas diferencias que nos los muestran desemejantes, constituyen, empero, un conjunto único al que no puede corresponder sino una sola denominación: la de «heurísticos», es decir, allegadores de materiales para la posterior realización historiográfica. La tarea por ello realizada fue indispensable y sus frutos no se ha-

⁹ Vicente G. QUESADA (1830-1903). Historiador, erudito, graduado de derecho en 1849. Viajó por el interior de Argentina, por América y Europa, siempre en busca de documentos en los archivos y bibliotecas. El gobierno le comisionó varias veces para llevar a cabo diversas investigaciones históricas. Su obra es variada, aunque el aspecto más estimado de la misma es lo que se refiere a la historia colonial, entre la que destacan los títulos: *El virreinato del Río de la Plata* y *La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*.

¹⁰ Luis L. DOMINGUEZ. Historiador, poeta, ministro del Ejecutivo Nacional y diplomático. Falleció en Londres. Su obra más importante es *Historia Argentina*, publicada su primera edición en 1861.

Clemente L. FREGEIRO. Historiador bonaerense. Sus obras principales son *Compendio de Historia Argentina* (1876) y *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata* (1879).

Antonio Abraham ZINNY. Nacido en Gibraltar, llegó joven a la Argentina donde se naturalizó. Fue profesor y organizador de diversos archivos. Reunió pacientemente datos, sucesos y documentos hasta entonces dispersos y confusos. Entre sus obras más importantes cabe señalar: *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata*; *Historia de los gobernantes de las provincias Argentinas*; *Historia de la prensa periódica del Uruguay* y *Historia de los gobernantes del Paraguay*.

cen esperar, pues es precisamente en esa segunda mitad del siglo XIX, cuando se entra en el campo de lo sustancial de la historiografía liberal argentina. Sin el proceso historiográfico anteriormente descrito, no hubiera sido posible que esta actividad alcanzara el alto grado de profesionalismo que la caracterizó de entonces, en el contexto latinoamericano.